

El culto a los mártires: reflejos en la epigrafía de Roma¹

Alessandro Bertolino

Uno de los aspectos más característicos del cristianismo de los primeros siglos es, sin duda, el culto a los mártires. Estos campeones de la fe, a través de su testimonio, que culminó en el sacrificio de la vida, han suscitado inmediatamente en los miembros de la comunidad cristiana, una conmoción y veneración profundísima, y, con su ejemplo, han fortalecido a la Iglesia que sufría y era probada por las numerosas persecuciones, multiplicándole las energías y aumentándole la capacidad para resistir en la hostilidad.

Si en los primeros siglos el culto martirial se manifestó con modos austeros y sobrios, a partir del siglo IV, con la paz religiosa, conoció un florecimiento maravilloso: las celebraciones litúrgicas y las fiestas en honor de los mártires se multiplicaron; en Roma, donde se encontraba un gran número de tumbas de mártires, surgieron muchos san-

¹ El presente estudio se propone hacer solamente un análisis sintético y parcial del complejo y multifacético fenómeno del culto a los mártires en la edad antigua, a partir del estudio de los testimonios epigráficos. Por este motivo, se prefiere fijar la atención en aquellos aspectos considerados los más ejemplificantes, ofreciendo una visión panorámica globalmente exhaustiva, sin pretender agotar el argumento, que, por su amplitud, merecería un espacio superior a los límites impuestos a este artículo. En este lugar, quiero expresar un sentido agradecimiento a aquellos que, de varios modos, permitieron y facilitaron mi trabajo, en particular, al Prof. P. Jorge Rodríguez L. C., por su constante disponibilidad, a la Doctora Nicoletta Latteri, por sus puntuales y precisas sugerencias, al Guía de la Catacumba de San Calixto - en especial al Sr. Geoffrey Muslun -, por haberme acompañado reiteradamente, con fervor y devoción, a las catacumbas martiriales, objeto de mi estudio, y por haberme animado a la redacción del mismo.

tuarios, edificios espléndidos, embellecidos por la devoción de los pontífices y obispos, y sostenidos económicamente por los emperadores como Constantino, o financiados privadamente por los devotos. Los santuarios martiriales surgieron por decenas, y Roma, que veía desiertos los antiguos templos paganos, se veía adornada alrededor de sus murallas, por una corona de construcciones que, más allá de custodiar los restos de los mártires, acogían a masas de peregrinos que llegaban de todos los ángulos del mundo para recogerse en oración sobre la tumba de los santos.

Testimonio de este incesante migrar de peregrinos, que seguían este itinerario espiritual, jalonado por las tumbas veneradas, son los continuos trabajos de embellecimiento y ampliación de las criptas donde reposaban los cuerpos santos. Así pues, aquellas que en su origen fueron sepulturas humildes y sencillas, que se confundían entre las otras muchas de los fieles comunes, custodiadas en las angostas galerías de las catacumbas, fueron, bajo el empuje de la devoción popular, transformadas en verdaderas y propias pequeñas basílicas subterráneas, que podían acoger más cómodamente al inmenso número de píos visitantes. Grandes lucernarios iluminaban las penumbras de las catacumbas, escaleras más numerosas y más grandes proporcionaban un acceso más ágil a los peregrinos que se mantenían en oración junto a las tumbas martiriales, transformadas ya en espaciosas criptas adornadas de mármoles, mosaicos, pinturas y preciosos arreglos litúrgicos.

Estos son sólo algunos de los signos más evidentes y monumentales de la intensa vida espiritual que se desarrollaba incesantemente en los cementerios romanos en la tardía antigüedad; pero el fervor popular frente a los mártires también está ilustrado en sus aspectos más

veteados y múltiples por el testimonio epigráfico, que constituye el objeto de este trabajo. Así, en una suerte de recorrido ideal a través de las criptas martiriales de las catacumbas romanas, por la lectura de las inscripciones que en ellas encontramos, tendremos la ocasión de entrar en contacto con los múltiples aspectos del culto de los mártires. Comenzando con el análisis de las austeras lápidas que cerraban los primeros sepulcros martiriales, seguiremos el desarrollo del fenómeno cultural que se concretiza en las ya recordadas monumentalizaciones de las criptas, trabajos que alcanzaron su culmen en la producción epigráfica querida por el Papa Dámaso, a la cual contribuyeron también sus sucesores y los fieles. Después, a través de los testimonios epigráficos, participaremos idealmente en las celebraciones y manifestaciones litúrgicas que se desenvolvían en los santuarios. Luego, permaneciendo algún momento en estos ambientes venerados, tendremos la posibilidad de leer los grafitos que multitudes de peregrinos dejaron insertos en los muros, los cuales testimonian no sólo la fe de estos hombres, sino también sus anhelos y esperanzas. Dando una vuelta por los alrededores de los sepulcros martiriales, encontraremos algunas inscripciones sepulcrales que nos ofrecen un testimonio ulterior del amor que los cristianos tuvieron por los mártires, un amor tan intenso, que hizo que los fieles quisieran estar siempre cerca del mártir, hasta llegar a prepararse la propia morada eterna cerca de la tumba venerada.

Los términos *Martyr* y *Confessor*

Antes de comenzar con el estudio de los aspectos del culto martirial, parece todavía oportuno puntualizar brevemente el significado y

las valencias de los títulos de mártir y confesor, así como fueron usados y sentidos por la primera comunidad cristiana.

El término *mártir*, *μαρτυρ*, se puede traducir como «testigo»², e indica a quienes, durante las persecuciones, dieron testimonio de la propia fidelidad a Cristo hasta el sacrificio de la vida; por lo tanto, el título fue atribuido a los cristianos que, en vez de renegar del Evangelio, derramaron su propia sangre. Sucesivamente, a partir del final del siglo IV, no habiendo ya persecuciones religiosas, el término mártir sufrió una evolución y se atribuyó también a aquellos que dedicaron la existencia a la glorificación del Señor, viviendo en continencia, sacrificándose por los hermanos, mortificándose en la pobreza. De tal modo, los monjes y los ascetas, después de la muerte fueron condecorados con el título de mártires aunque no habían derramado su propia sangre, y se les reservaron honores y culto como los que recibían los mártires de los primeros siglos³.

El título de *confessor*, en cambio, fue dado a quien confesó y proclamó la propia fe en Cristo, pero, por causas independientes a su propia voluntad, no fue llevado a la muerte. Éstos, durante las persecuciones, sufrieron gravemente, y fueron por lo general condenados a castigos tales como trabajos forzados, torturas, exilio. Y los *confessores*, justamente por la prueba de valor y firmeza que ofrecieron a la comunidad, gozaron de grande estima por parte de los fieles y tu-

² Aunque antiguos, siguen siendo insustituibles los siguientes trabajos sobre los mártires: H. Delehayé, *Les origines du culte des martyrs*, Bruxelles 1912; idem, *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'antiquité*, Bruxelles 1927; L. Duchesne, *Origines du culte chrétien*, Paris 1927; H. Lietzmann, *Geschichte der alten Kirche*, II, Berlin-Leipzig 1936; E. L. Hummel, *The Concept of Martyrdom according to St. Cyprian of Carthage*, Washington 1946. Por último cf. P. Testini, *Archeologia cristiana*, Bari 2^a 1980, 123-139.

³ Cf. los casos de Hilarión (372), Efrén (373), Martín (397), Ambrosio (397), Delino de Bordeaux (404), Jerónimo (420), Simón el Estilita (459).

vieron un puesto relevante en la Iglesia. Este prestigio fue, en algunos casos, ejercitado de manera exagerada, tanto que algunos confesores usurparon prerrogativas que competían a las órdenes religiosas, como sucedió en Cartago al final de la persecución de Decio, cuando los fieles que habían apostatado por miedo, obtuvieron de los confesores el perdón que competía ser concedido solamente por el obispo⁴.

La aprobación eclesiástica

Una cuestión aún discutida es la referente a la aprobación eclesiástica del culto de los mártires, es decir, si en la antigüedad existía una especie de comisión, análoga a la actual Congregación para los Ritos, que examinaba la figura, las acciones heroicas y la muerte del mártir, reservándose el conceder o no la autorización para instituir el culto en su honor. En tal modo, la Iglesia se habría atribuido el privilegio de indicar a los fieles cuáles fueron los mártires dignos de ser venerados y de rechazar e impedir el culto respecto a otros, tales como los herejes o los cismáticos, también ellos caídos durante las persecuciones.

El único testimonio a favor de la existencia de esta estructura eclesiástica de decisión, se basa en una cita de Ottato di Milevi, que relata el episodio en el cual el obispo de Cartago, Ceciliano, reprendió duramente a una mujer que, devotamente, había besado las reliquias de un mártir aún no reconocido y cuyo culto aún no había sido insti-

⁴ Es emblemático el caso de Numídico, citado por Cipriano, en sus alabanzas; cf. Cipriano, *Ep.* 40 = *CSEL* III, 2, 585-586; sobre los abusos perpetrados por los confesores, cf. Delehaye, *Les origines...*, 25 ss; A. Manaresi, *L'impero romano e il cristianesimo*, Torino 1914, 358 ss.

tuido⁵. No obstante lo que relata esta fuente, parece más probable suponer que, aunque no dependiente del solo arbitrio, el culto de los mártires surgió normalmente por iniciativa popular, con la cual colaboraba, evidentemente, el celo del clero local; considerando igualmente que, por lo general, el suplicio era público y que se llevaba a cabo ante la mirada de todos, quedaba, así, garantizada a la autenticidad del mártir, dándose prácticamente como algo automático y espontáneo su culto, sin tener que pasar por el análisis de una comisión examinadora oficial⁶.

La popularidad

Directamente consecuente a la oficialización del culto martirial, del cual hemos hablado, se da la popularidad que el mártir podía gozar o no entre los fieles. No todos los mártires que fueron reconocidos por la Iglesia, suscitaron en la fantasía y en la devoción popular el mismo nivel de aceptación; son frecuentes los casos de mártires que, aún habiendo gozado de gran dignidad en la vida, una vez muertos, no dejaron prácticamente rastro alguno en el afecto de los fieles, tanto que su culto fue olvidado y se eclipsó rápidamente. Es cuanto sucede, por ejemplo, con San Ignacio de Antioquía, cuyo martirio fue, en un principio muy conocido, siendo venerado universalmente, pero, con

⁵ La noticia en la que se fundamenta la hipótesis de la existencia de la comisión examinadora, se encuentra en Optat. *De schism. Donat.*, VII 1,16 = CSEL XXVI, 18; que reportamos, como complemento, con su traducción, siendo, pues, las palabras del obispo Ceciliano, las siguientes: «*Nescio cuius hominis mortui, et si martyr is, sed necdum vindicati*» (traducción: No sé de qué muerto se trate, ni si es un mártir, pero todavía no está reconocido). Según esta tesis, por lo tanto, existiría un reconocimiento oficial, que en este caso aún no había sido expresado y que se designaría con el nombre de *vindicatio*.

⁶ Respecto a la cuestión general y, en particular, a la exclusión de los heterodoxos que habían sido martirizados, cf. Delehayé, *Sanctus...*, 163.

el pasar de los años, su culto fue totalmente dejado de lado y cayó en el olvido, tanto que Jerónimo⁷ conocía sólo vagamente el lugar de la sepultura, mientras que Eusebio manifiesta no saber nada al respecto. En otros casos se verificó el fenómeno opuesto, como el de San Pancracio, que, sepultado en la Via Aurelia, en un principio no recibió tantos honores, mientras que a partir del siglo VI comenzó a tener una popularidad grandísima, tanto que llegó a ser, según el testimonio de Gregorio de Tours, el garante y protector de los juramentos y los pactos⁸. Ciertamente que tuvieron que darse cita hechos y circunstancias de diversa naturaleza, dependientes de la psicología popular, que hoy se nos escapan, para favorecer el ascenso o la caída de los mártires en el amor del pueblo, pero seguramente jugaron un papel determinante algunos aspectos y modalidades del martirio, que tuvieron que haber impresionado la imaginación de los fieles, provocando en ellos una fuerte conmoción, que desembocaba en manifestaciones de culto particularmente sentidas y participadas. En este sentido, la expresiones más fuertes de la devoción popular fueron dirigidas a santos como San Tarcísio, de quien impresionaba su juventud, San Lorenzo, protector de los pobres, muerto brutalmente sobre la parrilla, Santa Inés, que conmovía por su virginidad, o los santos Crisanto y Daría, por su irónica suerte.

⁷ Hier., *De viris illustr.*, 16: «*In Antiochia... extra portam Daphniticam in cimiterio*» (traducción: En Antioquía... en el cementerio que está fuera de la Puerta de Dafne).

⁸ Greg. Turon. *De gloria martyr.*, I, 38: «*Valde in periuribus ultor*» (traducción: Óptimo garante en los juramentos).

El número de los mártires

Si bien la notoriedad de un mártir permite delinear aún hoy su personalidad y algunos rasgos de su vida, al mismo tiempo, el olvido por el cual se ha perdido la memoria de muchos santos, no nos permite en el estado actual, saber con precisión, cuántos han sido los mártires en todo el imperio durante los siglos de la persecución.

Ya los antiguos se encontraban con cierta incertidumbre. En los itinerarios del siglo VII usados por los peregrinos, junto a los nombres y a las tumbas de los mártires más conocidos, encontramos indicaciones muy vagas como «muchos miles», «muchos otros santos», o números genéricos como «365 mártires en un sepulcro».

Los estudios más recientes⁹ han intentado dar, sin embargo, una respuesta a la cuestión, y han intentado cuantificar el número de los mártires, pero también aquí los resultados han sido poco satisfactorios, y las cifras ofrecidas, discordantes; se pasa de un máximo de cien mil mártires a cifras absolutamente inverosímiles de unos pocos cientos; mientras que el dato más fidedigno parece ubicarse en torno a un término medio entre estas cifras extremas. Por lo tanto, resulta más prudente limitarse a concluir con Delehaye que «hubieron más mártires que aniversarios instituidos»¹⁰.

⁹ Para el número de los mártires, cf. E. De Moreau, *Le nombre des martyrs des persécutions romaines*, en *Nouvelle revue théologique*, 1951, 812ss.

¹⁰ Delehaye, *Les origines...*, 458.

La tumba del mártir

Una vez ajusticiado, el cuerpo del mártir se entregaba, según preveía la jurisprudencia romana¹¹, a quien lo requiriera, para poder sepultarlo dignamente. De tal modo, el mártir era sepultado en una de las catacumbas romanas, generalmente aquella que se encontraba más cercana al lugar del suplicio. El cuerpo se colocaba en uno de los nichos que, en aquella galería, se presentaban libres o disponibles, aunque muchas veces se tratara de una tumba humilde y pobre, como las demás, que se abrían en las galerías subterráneas de los cementerios.

Al momento de la inhumación, no había nada que distinguiera la tumba del mártir, campeón de la fe, que había derramado su sangre para dar testimonio de Cristo, de aquellas de los fieles comunes, muertos de muerte natural. Ningún énfasis, ningún clase de monumento, permitía distinguir el sepulcro martirial; sólo un pequeño y modesto signo indicaba a quien miraba que en la tumba reposaban los restos de un santo mártir: sobre la lápida que cerraba la sepultura se encontraba una incisión, aparte del nombre y del día de la muerte, con el título glorioso de *martyr*. De tal modo, las placas marmóreas que sigilaban el sepulcro martirial, eran en su origen, el único elemento que permitía identificar la tumba venerada. Desgraciadamente, de estos textos no nos ha llegado gran cosa a través de los siglos y de las devastaciones; solamente por un golpe de suerte

¹¹ La ley romana admitía la posibilidad de entregar los cuerpos, incluso de los condenados a muerte y de los que sufrían suplicio, a fin de que se les diese sepultura; de hecho, esta disposición fue aplicada tanto en el caso de la entrega del cuerpo de Jesús como en el caso de Pablo y Pedro, y así debió haber sucedido también para todos los otros mártires. Tal norma se encuentra en *Digest.*, XLVIII, 24, 3: «*Corpora animadversorum quibuslibet petentibus ad sepulturam dandam sunt*» (traducción: Se consignan los cuerpos a quien los pida a fin de que sean sepultados).

epígrafe intacto y encontrado todavía en su lugar, de un mártir sepultado en las catacumbas de San Ermete en Via Salaria: se trata de la lápida relativa al nicho de San Jacinto, del cual reportamos el lacónico y sintético texto¹²:

*D(e)p(ositio) III idus septe(m)br(es) / Yacintus / martyr*¹³.

Como se puede notar, el epígrafe es muy escueto y esencial, limitándose a informarnos sólo acerca del nombre, del día de la sepultura y del título de mártir con el cual ya estaba condecorado San Jacinto; no se encuentra alabanza alguna del santo, ni indicación referente a sus acciones en vida, nada se puede deducir de su muerte ni de su personalidad; no se concede nada a la fantasía o la sugestión del fiel, en el estilo más auténtico y sobrio que debía distinguir el austero culto martirial de los comienzos. El culto, frente a estos ilustres testigos de la fe, no tiene nada de fastuoso, y se debía explicar de modo bastante sobrio y austero; tal actitud debió suponer un tipo de devoción fuerte y sentida, pero del todo ajena a melindros y exasperaciones, y distinguió el modo de actuar de la comunidad cristiana de Roma, por lo menos en los primeros tres siglos, período en el que se alternaron las persecuciones y los momentos de relativa tranquilidad. Esto no tenía nada que ver, pues, con las grandiosas

¹² Se advierte que cada vez que se reporta en nota el texto de un epígrafe, se provee la indicación de su publicación en las *Inscriptiones Christianae Urbis Romanis* (vols. I-IX, Città del Vaticano), que recogen todas las inscripciones cristianas de Roma, utilizando la abreviación común de *ICVR*. Además se recuerda que las letras o palabras que se encuentran entre paréntesis () son el desarrollo de abreviaciones que se encuentran en la placa, mientras que las que se encuentran entre corchetes [] son la integración de partes ausentes debido al deterioro de la piedra; finalmente, el signo / indica el paso a la línea subsiguiente del epígrafe. Además se ofrece para cada texto una traducción en castellano en nota a pie de página.

¹³ *ICVR* X 26662 (Jacinto, mártir, sepultado tres días antes del *idus* de septiembre. Para el relato detallado del momento del descubrimiento de esta lápida, cf. L. Hertling - E. Kirschbaum, *Le catacombe romane e i loro martiri*, Roma 1949, 63-65.

manifestaciones que se registraron del siglo IV en adelante, con la llegada de Constantino y el fin de las tribulaciones.

La transformación de la tumba en monumento

Terminadas las persecuciones, con el ascenso de Constantino al trono, el cual demostró un excepcional favor hacia el cristianismo, el culto de los mártires conoció un florecimiento maravilloso. Las exigencias de los fieles ya habían cambiado, la paz religiosa les permitía expresar, con toda plenitud y sin reserva alguna, las más calurosas y sentidas manifestaciones litúrgicas en honor de los mártires. Por este motivo, grandes masas de peregrinos, se dirigían devotamente, en oración, a la tumba de los mártires; pero este incesante ir y venir de personas comportaba una serie de problemas del todo nuevos, que necesitaban una rápida solución por parte de la jerarquía eclesiástica; de hecho, como ya se ha indicado antes, los sepulcros martiriales se encontraban dentro de las catacumbas, en espacios poco apropiados para recibir un número relevante de personas: las entradas estrechas y empinadas no permitían a los peregrinos un acceso fácil a los cementerios; las galerías, oscuras y angostas, donde reposaban los santos cuerpos, permitían sólo a un número reducido de personas la posibilidad de una permanencia breve para la oración; por lo tanto, resultaba muy difícil, si no imposible, poder celebrar con muchos fieles una liturgia o la sinaxis en espacios tan poco habitables. Por esos motivos, tras las apremiantes exigencias del pueblo, y gracias a las iniciativas de los pontífices, a lo cual no faltó el apoyo del clero y de los fieles más generosos, el siglo IV se caracteriza por la realización de una serie de actividades de embellecimiento y de ampliación de los lugares donde estaban las tumbas de los mártires, de modo que trans-

formaron aquellas que originalmente se presentaban como tétricas galerías catacumbales, en verdaderos santuarios capaces de acoger cientos y cientos de peregrinos¹⁴.

Entre todos aquellos que se hicieron beneméritos por estas obras, se señaló y se evidenció por su celo y por su incansable actividad, el Papa Dámaso¹⁵. Él, durante su pontificado, que duró del 366 al 384, emprendió obras de gran nivel en todos los cementerios romanos para hacer más ágil a los peregrinos la visita de los sepulcros venerados. Dámaso hizo construir nuevas escaleras que permitieran un flujo de fieles más razonable y cómodo; abrió muchas claraboyas que hacían más respirable el ambiente húmedo y estancado de las catacumbas, y que iluminaban los ambulatorios en algún tiempo sumergidos en las sombras; amplió las galerías creando criptas espaciosas, si no verdaderos hipogeos basilicales, donde reposaban los cuerpos de los mártires, para permitir a los peregrinos la realización, sin problemas, de las celebraciones en honor de los santos. Además decoró estos es-

¹⁴ Para los trabajos de ampliación y embellecimiento de las tumbas de los mártires, cf. P. Testini, *Le catacombe e gli antichi cimiteri cristiani di Roma*, Bologna 1966, 179-191; A. Ferrua, *I lavori di Papa Virgilio nelle catacombe romane*, en *Civiltà cattolica* 118, II, 1967, 142-148 = *Scritti vari di epigrafia e antichità cristiane*, Bari 1991, 332-338; L. Reekmans, *L'implantation monumentale chrétienne dans la zone suburbaine de Rome du IV au IX siècle*, en *Rivista di Archeologia Cristiana* 44, 1986, 173-207; J. B. Ward Perkins, *Memoria, Martyr's tomb and Martyr's Church*, en *Akten des VII Internationalen Kongress für christliche Archeologie*, Città del Vaticano-Berlin 1969, 3-27; P. A. Fevrier, *Le culte des martyrs en Afrique et ses plus anciens monuments*, en *Corsi di cultura sull'arte ravennate e bizantina*, Faenza 1970, 191-215; J. Guyon, *Culte des martyrs et culte des morts dans la société chrétienne du 4 au 7 siècle. Un cas de continuité culturelle? L'exemple de la catacombe romaine «inter duas lauros»*, en *Atti del Centro di studio e documentazione dell'antichità classica* 9, 1977-78, 201-228; L. Reekmans, *Les cryptes des martyrs romains. Etat de la recherche*, en *Atti del IX Congresso Internazionale di Archeologia Cristiana*, vol. 1, Città del Vaticano 1978, 275-329.

¹⁵ Para la obra de Dámaso, sobre todo desde el punto de vista epigráfico, cf. A. Ferrua, *Epigrammata damasiana*, Città del Vaticano 1948; P. Testini, *Archeologia...*, 454-465; D. Mazzoleni, *Vita quotidiana degli antichi cristiani nelle testimonianze delle iscrizioni*, en *Archeo* 28, 1985, 47-49; AA.VV. *Saecularia damasiana. Atti del convegno internazionale per il XVI centenario della morte di Papa Damaso I*, en *Studi di Antichità cristiana* XXXIX, Città del Vaticano 1986.

pacios revistiéndolos de placas marmóreas en las paredes, colocándoles barras para separar a los fieles del clero oficiante, y altares para los oficios litúrgicos, dotando a las criptas de ricos adornos sagrados. A estas intervenciones hay que añadir que las pequeñas capillas de los mártires fueron objeto de otra acción relevante de Dámaso: las inscripciones conmemorativas que exaltaban, como ejemplo imperecedero, las gestas de estos triunfantes atletas de la fe.

Dámaso mismo compuso los textos de estas inscripciones, pequeñas obras poéticas que explicaban al fiel que se acercaba a la tumba venerada, las virtudes y el coraje del mártir, ofreciendo algunos particulares sobre su muerte, que él deducía de documentos escritos o de la tradición oral del pueblo. Los poemas servían de admonición e incitación a los cristianos de su tiempo a fin de que siguieran el ejemplo de los santos, permaneciendo firmes en la fe y rectos en el camino moral. Prácticamente todas las tumbas de los mártires romanos fueron provistas y embellecidas con estas inscripciones que Dámaso confió para su ejecución técnica al perito calígrafo Furio Dionisio Filócalo, y que fueron colocadas en las criptas ampliadas por el pontífice mismo. Las catacumbas de San Calixto conservan algunos de los testimonios más preciosos de la epigrafía damasiana, y uno de los ejemplos más notorios es el poema que el pontífice hizo colocar en la cripta de los papas en honor de San Sixto II y de todos los otros mártires sepultados en el cementerio:

*Hic congesta iacet quaeris si turba piorum / corpora sanctorum retinet
veneranda sepulcra / sublimes animas rapuit sibi regna caeli / hic
comites Xysti portant qui ex haste tropaea / hic numerus procerum
servat qui altaria Chr(isti) / hic positus longa vixit qui in pace
sac[e]rδος / hic confessores sancti quos Gra[ecia] misit / hic iuvenes*

*pueriq(ue) senes ca[stiq(ue) nep]otes / quis mage virgineum placuit
r[etinere pud]orem / hic fateor Damasus volui m[ea condere m]embra
/ sed cin[eres t]imui sanctos v[exare] piorum¹⁶.*

En el complejo de San Calixto, se encuentra todavía otra inscripción compuesta por Dámaso, esta vez, en honor del Papa San Eusebio; éste fue pontífice sólo desde el 18 de abril al 17 de agosto del 309 o del 310. Su actividad pastoral fue intensa y caracterizada por la difícil cuestión de los *lapsi*, que durante la persecución, por miedo, habían apostatado o renegado de Cristo, pero más tarde, cesado el peligro, pedían ser readmitidos en el seno de la Iglesia, provocando la indignación y el neto rechazo de parte de los espíritus más intransigentes y rigoristas. San Eusebio se mostró muy cauto en tan delicada situación, si bien su actitud estuvo marcada por la mayor comprensión, mostrándose propenso a perdonar a los apóstatas después de una oportuna penitencia. La línea de misericordia y moderación empleada por el Papa, encontró sin embargo un feroz opositor en Heraclio, un rigorista estricto que con sus seguidores creó problemas de orden público, enfrentándose muchas veces con los que sostenían el parecer de San Eusebio. Esta situación de perturbación indujo al emperador Majencio a exiliar a Sicilia tanto al pontífice como a su adversario, para poder obtener un poco de tranquilidad en Roma. Justamente durante el destierro, que aceptó con gusto, el Papa concluyó su vida terrena. La Iglesia, en seguida, lo consideró a la misma altura de

¹⁶ *ICVR VI 9513* (Traducción: Reunida aquí, si la buscas, reposa una multitud de santos, cuyos cuerpos conservan los venerados sepulcros y las almas sublimes reunió en sí el palacio del cielo; aquí están los compañeros de Sixto que ostenta los trofeos del enemigo, aquí está el grupo de los pontífices que custodian los altares de Cristo, aquí están depositados los confesores santos que envió Grecia, aquí están jóvenes y niños, viejos y castos descendientes que prefirieron conservar el virginal pudor. Aquí, lo confieso yo, Dámaso, pensé deponer mis restos, pero tuve temor de profanar las santas cenizas de los justos).

un mártir. Una vez que el cuerpo fue trasladado a San Calixto, Dámaso puso una hermosa lápida:

*Damasus episcopus fecit / Heraclius vetuit lapsos peccata dolere / Eusebius miseris docuit sua crimina flere / scinditur in partes populus gliscente furore / seditio caedes bellum discordia lites / extemplo pariter pulsi feritate tyranni / integra cum rector servaret foedera pacis / pertullit exilium domino sub iudice laetus / litore trinacrio mundum vitamque reliquit / Eusebio episcopo et martyri*¹⁷.

Si Dámaso fue sin duda el promotor principal de la ornamentación de las criptas de los mártires, es necesario recordar, sin embargo, que muchos otros clérigos y fieles se distinguieron por su gran empeño en hacer más bellas las tumbas de los mártires.

Un ejemplo de este tipo es la inscripción encontrada en las catacumbas de San Alejandro en la Via Nomentana; sobre la tumba de los mártires San Evencio y San Alejandro se erigió una pequeña basílica en la cual, la zona presbiteral se encontraba separada del sector reservado al pueblo por una valla marmórea, obra de un fiel llamado *Delicatus*, particularmente devoto y ferviente, que desembolsó de su propio bolsillo la suma necesaria para que la cerca fuera elaborada y puesta en su lugar; la obra hecha a mano fue dedicada solemnemente e inaugurada por el obispo *Ursus*, probablemente pastor del pequeño

¹⁷ *ICVR IV 9515* (Traducción: Dámaso obispo compuso este poema en honor de Eusebio obispo y mártir. Heraclio no admitía que los lapsos pudieran hacer penitencia por sus pecados. Eusebio, en cambio, enseñaba que estos infelices debían llorar por sus culpas. El pueblo, a la medida que se intensificaron las pasiones, se dividió en dos partes. Se sucedieron tumultos, estragos, luchas, discordias, litigios. De improviso, uno y otro fueron exiliados por el cruel tirano. El pontífice soportó serenamente el exilio, a la espera del juicio divino, porque había mantenido la fe en el compromiso de la paz. Dejó el mundo y la vida terrena en las riberas sicilianas).

«borgo» (barrio) de *Nomentanum*, que se levantaba en los alrededores del área del cementerio:

*[Sanctis martyribus Eventio] et Alexandro Delicatus voto [posui]t / dedi/can/te ae/pis/cop(us) / Urs[us]n*¹⁸.

Del mismo tenor es la valla marmórea encontrada en el cementerio Mayor, siempre en la Nomentana, que una señora *Pátricia*, ofreció como voto a los mártires sepultados en las catacumbas:

*[Alexa]ndro Victo[ri Maur]o Papie et Felici / Patricia [- vot]um solvit*¹⁹.

Lamentablemente, las intervenciones en honor de los mártires sepultados en las catacumbas, no se hicieron necesarias solamente por exigencias culturales; en efecto, algunos trabajos de restauración se hicieron indispensables después del paso de los bárbaros, que, entrados en los cementerios, se pusieron a devastar y depredar las sagradas tumbas, con la esperanza de lograr un rico botín. Es lo que sucedió a principios del siglo VI, durante la guerra entre los Bizantinos y los Godos. Estos últimos, mientras tenían asediada Roma, acampaban en los suburbios de la ciudad, sembrados de santuarios martiriales; los más salvajes de entre ellos, tuvieron así la posibilidad de entrar en las catacumbas que se encontraban sin vigilancia, y, a pesar de que ellos también eran cristianos, se dedicaron a devastar impíamente las tumbas de los mártires, rompiendo las lápidas, destruyendo los mármoles y robando los objetos litúrgicos más preciosos. Al

¹⁸ *ICVR VIII* 22958 (Traducción: En honor de los santos mártires Evencio y Alejandro, Delicado lo erigió en cumplimiento de un voto, el obispo Urso lo ha dedicado).

¹⁹ *ICVR VIII* 21592 (Traducción: Patricia, en cumplimiento de un voto, en honor de Alejandro, Víctor, Mauro, Papías y Felipe).

terminar la guerra, una vez que los Godos se retiraron, el Papa Vigilio²⁰ se destacó por su amorosa y meticulosa obra de reconstrucción, hasta llegar a intervenir en casi todas las catacumbas, restaurando los santuarios y devolviéndoles el esplendor de los tiempos anteriores al asedio.

El paso de los Godos y el paciente trabajo de Vigilio, están bien testificados en los epígrafes de las catacumbas de los Giordani, en la Via Salaria, donde reposaban los restos de los mártires San Vidal, San Marcial y San Alejandro, tres de los siete famosos hijos de Santa Felicitas:

*Dum peritura Getae posuissent castra sub urbe / moverunt sanctis
bella nefanda prius / istaque sacrilego verterunt corda sepulchra /
martyribus quondam rite sacrata piis / quos mostrante Deo Damasus
sibi papa probatos / affixo monuit carmine iure coli / sed periiit titulus
confracto marmore sanctus / nec tamen his iterum posse latere fuit /
diruta Vigilius nam mox haec Papa gemescens / hostibus expulsis
omne novavit opus / [Vitali Martiali] Alexand[ro sanctis
martyribus]²¹.*

²⁰ Para la obra de Vigilio, cf. A. Ferrua, *I lavori...*

²¹ *ICVR IX* 24313 (Traducción: Cuando los Godos pusieron el maldito campamento delante de la Urbe, comenzaron a hacer la guerra nefanda a los santos, y sacrílegamente abatieron estos sepulcros dedicados desde tiempos antiguos a los santos mártires; que el Papa Dámaso, por divina revelación, reconoció y ordenó con un poema, que fueran venerados debidamente. Sin embargo, si bien fue hecha pedazos la lápida, y se perdió el epígrafe santo, no sucedió que ellos cayeran en el olvido; porque el Papa Vigilio, poco después, echados los enemigos, deploró las ruinas y renovó todas las cosas. A los santos mártires Vidal, Marcial, Alejandro).

Las celebraciones

Las celebraciones en honor de los mártires se desarrollaban en las criptas veneradas y alcanzaban los momentos de mayor intensidad el día del aniversario de la muerte gloriosa del santo, el así llamado *dies natalis*, que era registrado en los archivos de la iglesia y mencionado en los anales de las diversas comunidades, llamados «martirologios».

Los ritos y las liturgias debían consistir esencialmente en el canto de los salmos, a lo cual seguían oraciones e invocaciones, para terminar en la sinaxis eucarística; luego, la reunión podía concluirse con un ágape muy sobrio. Este núcleo fundamental constituyó siempre la esencia de las celebraciones martiriales, incluso cuando, terminadas las persecuciones, el culto se volvió mucho más articulado en su suntuosidad y en su énfasis²². Un testimonio relevante de las reuniones que se desarrollaban en junto a las tumbas veneradas, es un epígrafe proveniente del cementerio Mayor en la Via Nomentana; este texto, en efecto, recuerda el día en el cual los fieles se reunían en aquellas catacumbas para festejar a los mártires que allí se encontraban sepultados:

*XVI kal(endas) octob(res) marturoru[m hic in cimi]/teru Maiore
Victoris Feli[cis Papiantis] / Emerentianetis et Alexan[dri]*²³.

²² Acerca de los ritos que se celebraban en las fiestas en honor de los mártires, nos habla Agustín, quien, entre otras cosas, considera injurioso rezar a favor de los mártires, cuando éstos ya han sido perfeccionados por el martirio mismo, mientras aconseja a los fieles encomendarse a sí mismos a los santos. August., *Sermo* 159, 1, 1 = *PL* XXXVIII, 868: «*Iniura est enim pro martyre orare, cuius nos debemus orationibus commendari*» (traducción: Es una injuria rezar por los mártires, a los cuales, en cambio, nosotros mismos debemos encomendarnos).

²³ *ICVR VIII* 1590 (traducción: Dieciséis días antes de las calendas de octubre, aquí, en el cementerio Mayor, es el día dedicado a los mártires Víctor, Félix, Papías, Emerenciana y Alejandro).

Como ya se ha mencionado, a partir del siglo IV las celebraciones martiriales se multiplicaron y se intensificaron, con la participación de grandes multitudes de peregrinos y de fieles; en este sentido Basilio²⁴, admirando el espectáculo de las masas que se acercaban a la tumba de San Gordio, lo compara a un enjambre de abejas; así, Paulino²⁵, se conmovía mientras veía llegar a Nola una multitud de peregrinos provenientes de todas las regiones para venerar el sepulcro de San Félix. Es grandiosa la descripción que ofrece Prudencio²⁶, la cual evoca los gestos, los estados de ánimo y las disposiciones de los fieles que se acercaban devotamente a la tumba de san Hipólito, sepultado en las catacumbas homónimas de la Via Tiburtina; el poeta español dice que el pueblo, en el aniversario de la muerte del santo, aflúa a la cripta donde reposaba el mártir, desde el amanecer hasta el ocaso, y todos se acercaban al sepulcro, lo besaban, rezaban, derramaban aromas y perfumes, conmoviéndose hasta las lágrimas. Por eso, no despierta admiración la noticia que ofrece a este propósito Jerónimo²⁷, según la cual los templos paganos se encontraban desiertos y abandonados, mientras el pueblo corría en masa a los sepulcros de los mártires.

²⁴ Basil., *Homilia in S. Gordium martyrem* 1 = PG XXXI, 489.

²⁵ Paulin., *Carm. XIV*, 85 = CSEL XXX, 49.

²⁶ Prud., *Peristeph. XI*, 189 = CSEL LXI, 418.

²⁷ Hier., *Epist. 107*, 1 = CSEL LV, 291: «*Auratum squallet Capitolium, fuligine et araneorum telis omnia Romae, templa coperta sunt; movetur urbs sedibus et inundans populus ante delubra semiruta currit ad martyrum tumulos*» (traducción: Ya la herrumbre y el polvo cubren el dorado Capitolio y los templos están decorados solamente con las telarañas; la ciudad ya no es aquella de otros tiempos y el pueblo no frecuenta más los templos en ruinas, sino que corre a los sepulcros de los mártires).

Justamente del desarrollo de una de estas celebraciones, a la cual concurrían grandes multitudes, se dio el testimonio epigráfico que presentamos a continuación:

*Non / dice/re il/le se/crita / abboce*²⁸.

Se trata de una comprobación curiosa y singular, incisa como grafito en el revoque de una pared de la pequeña basílica subterránea de las catacumbas de Commodilla, en la Via Ostiense, donde se encontraban los cuerpos de San Félix y de San Adauto. Puede ser considerado un grafito litúrgico, ya que se adjudica a un fiel anónimo que, participando en una celebración eucarística, junto a los sepulcros martiriales, había notado con estupor que el celebrante no recitaba la oración que precedía al prefacio en voz baja, como estaba prescrito; pasmado, no pudo contenerse de grabar en el revoque su indignada protesta contra el sacerdote que había introducido esta arbitraria innovación litúrgica en la Misa.

Las invocaciones al mártir

Un signo ulterior del fervor cultural del pueblo, en relación con los mártires, son las inscripciones, principalmente grafitos, que se encuentran incisas en el revoque que reviste las paredes de las galerías o de las criptas donde reposaban los cuerpos venerados. Ya en varias ocasiones hemos hecho notar cómo acudían devotamente las multitudes a los santuarios martiriales y, justamente este paso de grandes masas de peregrinos, se evidencia con la presencia de numerosísimos grafitos que dan testimonio de las imponentes dimensiones que había

²⁸ *ICVR II* 6449, 38 (traducción: Aquel no recita la oración secreta en voz baja).

ya logrado el fenómeno del culto a los mártires. Los peregrinos, pues, llegaban a las catacumbas, bajaban a las galerías subterráneas por los escalones que los pontífices habían mandado ampliar, se detenían para orar ante las tumbas santas, transformadas en criptas acogedoras donde incluso podía ser celebrada la eucaristía; y, antes de salir de allí, grababan en los muros de aquellos lugares sagrados, con un clavo o con un objeto puntiagudo, el propio nombre, un pensamiento o —lo más frecuente— una breve oración o una invocación a los mártires que allí reposaban, para pedirles alguna gracia o para obtener ayuda para ellos o para los familiares vivos o difuntos. Tales grafitos testimonian no solamente cuánta era la popularidad del culto martirial, sino que permiten también percibir y comprender cuáles eran los sentimientos y las esperanzas que encerraban los peregrinos en lo más profundo de su sí; por lo tanto, se trata de documentos de gran valor y de peso humano, que bajo un velo de conmoción y de participación sentida, permiten comprender mejor la espiritualidad de los antiguos cristianos²⁹.

Como siempre, las catacumbas de San Calixto custodian algunos de los ejemplos más significativos de invocaciones a los mártires en grafito; particularmente las paredes revocadas de la Cripta de los Papas estuvieron en la mira de los devotos peregrinos. Allí se puede leer la oración que un cierto *Aurelius Repentinus* hace en favor pro-

²⁹ Entre la numerosa bibliografía relativa a las inscripciones esgrafiadas, señalamos: M. Guarducci, *I graffiti sotto la confessione di S. Pietro in Vaticano*, I-III, Città del Vaticano 1958; A. Coppo, *Contributo alla lettura del Muro rosso*, en *Rivista di Archeologia cristiana* 38, 1962, 97-118; R. Marichal, *La date des graffiti de la trichia de Saint-Sebatien*, en *Revue de sciences religieuses* 36, 1962, 111-154; A. Ferrua, *Graffiti dei pellegrini presso la tomba di S. Felice*, en *Palladio* 13, 1963, 17-19; *Idem*, *Rileggendo i graffiti di S. Sebastiano*, en *Civiltà Cattolica* 116, III, 1965, 428-437 y 116, IV, 1965, 134-141 = *Scritti vari di epigrafia e antichità cristiane* XXVIII, Città del Vaticano 1969, 129-148; C. Carletti, *Scrizioni murali del santuario di S. Michele sul monte Gargano*, Bari 1979.

pio, invocando al Papa Sixto II, uno de los mártires más célebres y amados entre los sepultados en el gran cementerio:

*Sante Suste in mente habeas in horatiohnes Aureliu Repentinu*³⁰.

En el mismo revoque de la pared se encuentra el grafito dejado por *Verecundus*, el cual invoca a todas las santas ánimas que duermen en el cementerio de San Calixto, para poder gozar de una serena navegación, término este último, que puede ser entendido en sentido alegórico. Por lo tanto, la invocación se puede interpretar como una súplica de ayuda y de apoyo en la vida, cuyo transcurrir se equipara a una navegación que puede encontrar peligros ocultos en las tentaciones y en los falsos reclamos materiales; pero el texto también puede ser entendido como una alusión real a una navegación concreta, y, por lo tanto, en el grafito, el peregrino expresaría la súplica de una asistencia de los santos en el viaje marítimo que deberá afrontar para regresar a la propia casa:

*[Petite spirit]a sancta ut Verecundus cum suis bene naviget*³¹.

A pocos cientos de metros del cementerio de San Calixto, todavía en la Via Appia, se encuentran las catacumbas de San Sebastián, donde en un espacio cultural llamado «tricia», hay cientos de grafitos insertos por los peregrinos sobre el revoque de las paredes, que atestiguan la presencia de un floreciente y próspero culto a los apóstoles San Pedro y San Pablo en este lugar. Una vez más se pueden leer las

³⁰ *ICVR IV 9521* (Traducción: San Sixto, acuérdate en las oraciones de Aurelio Repentino).

³¹ *ICVR IV 9524* (Traducción: Orad, oh ánimas santas, para que Verecundo y los suyos tengan una buena navegación).

oraciones y las súplicas de ayuda hechas por estos visitantes devotos. Es necesario precisar que algunos grafitos se caracterizan por su originalidad y atipicidad, como la incisión hecha por *Sozomenus*, que se hace notar por su altruismo, debido a que el autor pide gracias no sólo para sí mismo sino también para todo aquel que pase por ahí y lea el grafito:

*Paule Petre in mente / habete Sozomenum / et tu qui legis*³².

También resulta particular el grafito hecho por *Primus*, que nos hace saber que llegó a Roma en peregrinación habiendo partido de la ciudad de Benevento en Campania:

*Petre et Paule pete pro primo cibit(ate) Benebenta(n)o*³³.

Grafitos de este tenor se encuentran también en otras catacumbas, dirigidos a los mártires allí sepultados, a los cuales se les piden los favores más dispares; de la súplica genérica de ayuda se pasa a la petición de verdaderos milagros que puedan sanar el estado enfermizo de la salud del fiel que suplica; esto se da en las catacumbas de Priscila en Via Salaria, donde, junto al cubículo en el que reposaba el mártir Crescención, se encontró un grafito grabado por un personaje anónimo que implora al mártir que le salve sus ojos enfermos:

*Salba me / domne / Crescentione / meam luce[m ---]*³⁴.

³² ICVR V 12980 (Traducción: Pablo, Pedro, se acuerden de Sozómeneo y de ti que lees).

³³ ICVR V 12966 (Traducción: Pedro y Pablo, orad por Primo, ciudadano de Benevento).

³⁴ ICVR IX 24853 (Traducción: Salva mis ojos, oh San Crescención).

Las invocaciones a los mártires no consisten exclusivamente en inscripciones mal esgrafiadas y extemporáneas en los revoques de las catacumbas; también existen otros testimonios, si bien más raros, de oraciones expresadas por los fieles en materiales diversos y más prestigiosos, que quizá debían acompañar a auténticos exvotos por algunas gracias recibidas o solicitadas. Este es el caso de la inscripción en mosaico encontrada en las catacumbas de San Pánfilo en Via Salaria, mandada a hacer por un tal *Quiriacus*, que pide la ayuda de los mártires sepultados en el cementerio:

*Martures / sancti boni / benedicti bos / atiutate Quiriacu*³⁵.

La tumba cercana al mártir

Uno de los aspectos más curiosos del culto martirial, que se verifica con cierta frecuencia en las catacumbas, a nivel monumental y epigráfico, se evidencia en el deseo de los cristianos de hacerse construir la propia tumba cercana de un mártir particularmente venerado y amado. Era opinión común que ser sepultados cerca del sepulcro de un mártir, podía garantizar algunas ventajas; de hecho, se suponía que la cercanía de las tumbas establecía una suerte de alianza entre el fiel difunto y el mártir, el cual se convertía en garante y abogado del alma del cristiano, acompañándola amigablemente ante el tribunal celeste, donde intercedería ante el Señor, obteniendo para el difunto la paz eterna y el premio del paraíso.

³⁵ *ICVR X 26350* (Traducción: Mártires, santos, buenos y benditos, ayuda a Ciríaco).

Continuando esta línea de pensamiento, Paulino de Nola afirma que la proximidad de la tumba del mártir crea una comunión entre el fiel muerto y el santo, que viene a convertirse en su patrono³⁶. Esta creencia determinó una auténtica caza de tumbas cercanas a los mártires, haciendo de estos sepulcros lugares particularmente buscados y deseados, tanto que su precio se elevó mucho. De tal modo, sólo pocas personas, las más ricas y acomodadas, podían concederse el privilegio de ser sepultadas junto a un santo, mientras que para la mayor parte de los cristianos, tal posibilidad quedaba en un mero sueño difícilmente realizable.

Obviamente, cuando alguno conseguía adquirir su última morada junto a aquella de un mártir, se dedicaba a recordar sobre la lápida, casi con un orgullo malsano y gran satisfacción, su envidiable condición, citando el nombre del mártir que reposaba junto a él; de tal forma, la epigrafía ha conservado el signo tangible y material de esta costumbre.

La inscripción de *Iovina* ofrece un primer ejemplo: su esposo, luego de cinco años de matrimonio, prepara una tumba en un suntuoso nicho en las catacumbas de San Calixto, junto a la tumba del papa Gayo que fue allí sepultado después de su martirio, acaecido el 296:

[B]ene merenti Iovine que cum coi[u]/gem suum habuit annos V et d[e]/cessit annorum XXII que conpa[ra]/bit sibi arco[so]llium in

³⁶ Paulin., *Carmen XXXI*, 608 = *CSEL XXX*, 329: «*Coniunctam tumuli foedere martyribus*» (Traducción: Unida a los mártires por la alianza de la tumba). Para este aspecto cultural relativo a tales creencias, cf. P. Testini, *Archeologia...*, 129-130.

*Callisti at domn[um] / deposita [f]uit III idus februaris / Gaium. Fecit coiugi suae merenti in pace*³⁷.

En las mismas catacumbas, pero en un sector diverso, las «Criptas de Lucina», se encuentra la tumba de un cierto *Serpentius*, que tuvo el privilegio de ser sepultado cerca del papa Cornelio:

*Sereptiu/s emit loc(u)/m a Quinto / fossore ad / Santum Co/rnelium*³⁸.

Todavía en la Via Appia, en las catacumbas de Pretextado se encuentra la lápida que recuerda, con escrupulosa precisión, el lugar de la sepultura de *Flavius Crescens*, que compró un nicho para cuatro personas, a la derecha de la tumba venerada de San Quirino:

*Fl(avius) Crescen[s emit se vivo] / locum quadri[sonum in cimi]/tero Praetextati [ad santum Quiri]/num martore parte [dextra cum Berna]/clu Successu Primu Qui[---] / Iovin[us ---] / d(epositus) V[---] J*³⁹.

En las catacumbas de Commodilla, en la Via Ostiense, *Ianuarina* y *Britia* desembolsaron la elevada suma de un áureo y medio, para comprar al sepulturero del lugar un nicho ubicado frente a la tumba

³⁷ ICVR IV 9924 (Traducción: A la benemérita Jovina, que vivió cinco años con el marido y murió a los veintidós años. El marido le compró un nicho en el cementerio de Calixto, cercano a la tumba de San Gayo. Fue depuesta tres días antes de los idus de febrero. Hizo a su mujer merecedora de paz).

³⁸ ICVR IV 9441 (Traducción: Serpencio compró un nicho al sepulturero Quinto, junto a la tumba de San Cornelio).

³⁹ ICVR V 14270 (Traducción: Flavio Crescente compró, en vida, un nicho para cuatro personas en el cementerio de Pretextato, a la derecha de la tumba del mártir Quirino, junto a Vernáculo, Suceso, Primo y Qui[-]: Jovino fue sepultado el día [-].

de la mártir Santa Emérita, y quisieron inserir en la lápida una suerte de extracto del contrato de venta, a fin de que todos pudieran saber que la tumba había sido comprada y pagada regularmente:

Constat nos emis/se Ianuariam et Britiam locum ante do/mna Emerita a fosso/ribus Burdone et Mici/num et Musco ratione auri soli/dum un[um] semes[sem] cons(ulibus) dd(ominis) nn(ostris) Thae/odosio et Valentiniano II⁴⁰.

Ofrece un ejemplo más una inscripción del cementerio de Priscila, en la Via Salaria, preparada por dos esposos, justo frente a la entrada del cubículo donde estaba sepultado el mártir san Crescención:

Felicissimus et Leopar[da] / bisonum at Criscent[ionem] / introit[u]⁴¹.

El último ejemplo que reportamos está constituido por un epígrafe encontrado junto a la tumba de San Lorenzo, en las catacumbas homónimas del Verano, en la Via Tiburtina; el propietario del sepulcro ofrece una descripción detallada del sitio donde se encontraba la propia tumba, preparada aún en vida, y que, como de costumbre, debía haberle costado una gran fortuna, gasto que, por otra parte, podía permitirse, no teniendo grandes problemas económicos, dado que él mismo se define como un *vir honestissimus*, título con el que se designaba a los miembros de la burguesía más acomodada:

⁴⁰ *ICVR II* 6077 (Traducción: Consta que Jenara y Bricia hemos comprado un nicho a los sepultureros Burdo, Micino y Musco, por la suma de un áureo y medio, en frente de Santa Emérita, siendo cónsules por segunda vez nuestros emperadores Teodocio y Valentiniano).

⁴¹ *ICVR IX* 25165 (Traducción: Felicísimo y Leoparda compraron un nicho para dos personas, junto a la entrada de la tumba de San Crescención).

Fl(avius) Eurialus v(ir) h(onestissimus) conpa/ravit locum sivi se / vivo ad mensam beati / marturis Laurenti des/cendentib(us) in cripta parte dextra de fossore / Faust[ino lo]ci ipsius / die III kal(endas) maias Fl(avio) Stilico/ne secundo cons(ule)⁴².

ALESSANDRO BERTOLINO

Doctor en arqueología clásica por la universidad La Sapienza (Roma) y en arqueología cristiana por el Instituto pontificio de arqueología cristiana (Roma). Actualmente es catedrático del ateneo «Regina Apostolorum», que los Legionarios de Cristo dirigen en Roma.

⁴² *ICVR VII 17535* (Traducción: Flavio Eurialo, varón honestísimo, tres días antes de las calendas de mayo, siendo cónsul por segunda vez Flavio Estilicón, compró para sí, en vida, un nicho a Faustino, el sepulturero del lugar, junto a la tumba del beato mártir Lorenzo, que se encuentra descendiendo a la cripta, a mano derecha).